

comal Y más, que el que está en la cruz es Hijo de Dios por naturaleza y nosotros sólo lo somos por adopción.

Duro y sin consuelo es esto sin duda á los hijos rebeldes que presumen ir al cielo sin sufrir ni siquiera lo que exige el cumplimiento de los deberes. Pero los hijos humildes hallan el consuelo para todos sus sufrimientos en la cruz de Cristo; y si bien es verdad que tienen que ser clavados en la cruz, pero es al lado de Cristo, viendo á Cristo y oyendo á Cristo.

Todos los hombres en el calvario de sus tribulaciones encuentran á Jesucristo crucificado. Por desgracia, unos al verle blasfeman de él, y aun clavados en la cruz insultan como el mal ladrón á Cristo y su providencia. Su voz es esta: —¿Por qué me hace á mí Dios tan desgraciado? «Si tú eres el Mesías, sálvate á ti y sálvanos á nosotros» (Luc. 23, 39). Pero los humildes imitando al buen Ladrón dicen: «Nosotros padecemos lo merecido, y éste padece sin tener ninguna culpa» (Luc. 23, 41), y sin rehusar el dolor, buscan el lenitivo y consuelo de la dulce esperanza en la cruz de Cristo, y postrándose reverentes aplican sus labios á las llagas de los

pies y de las manos y del costado, y beben en ellas el gozo y el consuelo de que hablaba Isaías en aquella dulcísima promesa: *Haurietis aquam in gaudio de fontibus Salvatoris* (Is. 12, 3). «Beberéis agua de consuelo de las fuentes del Salvador».

¡Cuántos afligidos han desfilado por delante de un crucifijo! ¡cuántos besos se han dado á sus llagas divinas! ¡cuántos consuelos han nacido de sus dulces heridas!

Muchas penas y dolores hay que se resisten á todo consuelo: pero al consuelo que da un crucifijo no puede resistir ninguna pena. La pobreza y la miseria, la enfermedad y el dolor, la humillación que sigue á la gloria, la ingratitud con que nos pagan los favores, el desamparo de los conocidos, la traición del amigo del alma, la angustia de la madre del corazón, los apuros de los hijos queridos, y, en fin, la amargura interior cuando nos parece que Dios nos ha hecho desgraciados en el mundo, que no nos atiende, que somos los más desgraciados de la tierra, todo eso y más, no siempre se remedia (porque ni conviene) pero se dulcifica besando las llagas de un crucifijo.

¿Por qué? Porque no hay género de dolor que no padezca ese Crucificado, que por padecerlos todos él solo, es llamado Varón de dolores. No

hay pena que no esté en ese Señor de quien dijo Isaías y San Mateo que *recibió sobre sí nuestras miserias y se tomó nuestras enfermedades* (Matth. 8, 17).

Antes de llegar á esa cruz todos vamos quejosos y diciendo: ¡no hay dolor como el mío! ¡nadie sufre como yo! Pero al postrarnos á las plantas de Jesucristo oímos que nos dice: «Todos los que pasáis por este camino observad á ver si hay una tribulación tan grande como la mía» (Thren. 1, 12), y viendo que efectivamente no la hay, y que Cristo es el único que puede decir estas palabras, apagamos nuestras quejas, y repetimos por lo bajo aquello del buen Ladrón: «Nosotros padecemos lo merecido, al paso que éste no tiene culpa» (Luc. 23, 41), y de seguro nos contentaremos con decir como él: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino», y con que se nos responda: «Ya estarás conmigo en el paraíso». Porque en este mundo, aunque no sea más que por decoro, no debemos decir sino lo que decía San Pablo: «Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de Cristo». Ó aquellos versos que canta la Iglesia: «Dulce es la cruz, dulces los clavos, como es dulce el peso que sostienen».

*Dulce lignum, dulces clavos
Dulce pondus sustinet.*

Dichosos los que en todas sus aficciones van á besar los pies de un crucifijo. Allí mana siempre fresca la dulce esperanza libre de presunción, pero llena de consuelo.

III

¡Caridad! ¿Es posible no sentirla á los pies de un crucifijo? ¿Qué ama quien no ama á Jesús crucificado?

Porque siendo Cristo resplandor del Padre é imagen perfectísima suya que se nos muestra en este mundo en el Verbo encarnado, todo cuanto de Dios hemos de conocer y amar en esta vida todo está en Jesucristo Nuestro Señor. Ahora bien; Jesucristo, aunque en sí siempre fué infinitamente amable desde que encarnó, en cuanto á nosotros y á nuestro modo de ver fué cada día creciendo en virtud, en gracia y en amabilidad; porque aunque siempre nos amó lo mismo, las muestras de amor que nos dió fueron creciendo cuanto más creció su vida. El colmo, pues, de su amor y de su amabilidad está al fin de su vida, en la obra de la cruz, que es la mayor obra del amor de Dios; por lo cual San Pablo, para presentarnos el amor de Cristo, nos lo representa crucificado. «Nos amó y se

entregó por nosotros como oblación á Dios y víctima de suave olor» (Eph. 5, 2).

Y en efecto, en el Crucificado se halla concentrado todo el amor de Cristo de tal manera, que podemos decir que todo lo amable de Jesucristo está en la cruz en sumo grado, y que todo lo que hay en la cruz es sumamente amable.

Todo lo amable de Jesucristo está encerrado en que él es nuestro Jesús, nuestro Salvador. Ahora bien; Dios por especial ordenación y providencia suya exigía que si había de ser Jesús había de humillarse hasta la muerte. «Si da la vida por los pecados, verá una generación duradera», así había dicho de él Isaías (53, 10). Y San Pablo dice «que el nombre de Jesús se le dió porque se humilló obediente hasta la muerte de cruz» (Philip. 2, 8). Y la santa Iglesia dice: *Hoc opus, nostrae salutis ordo deposcerat*: «el orden de nuestra salvación exigía esta obra de la crucifixión». Por donde si bien desde el principio empezó á ser nuestro Jesús, pero todos sus méritos, aunque en sí de valor infinito, estaban como en suspenso por la ordenación de Dios, hasta que se consumó la pasión. Y por esta razón Cristo no es verdadera

y plenamente nuestro Jesús, hasta que, cargado de todos los méritos de su vida, se presenta por nosotros víctima de propiciación crucificado en el ara de la cruz.

Además, todo cuanto de amable se encierra en el nombre de *Jesús*, todo tiene su plenitud en Jesucristo crucificado. El *Jesús* debía ser sacerdote, y Cristo en la cruz fué el sacerdote sumo y perpetuo de la religión nueva, que después de derramar su propia sangre entró en el *Sancta Sanctorum* del cielo y está ofreciendo perpetuamente en los altares el sacrificio que ofreció en la cruz por nuestros pecados, sentado á la diestra de Dios Padre, ante cuya presencia aparece continuamente intercediendo por nosotros. El *Jesús* además había de ser víctima por nosotros: este era su destino, por decirlo así, en el mundo; no era posible que los pecados se quitasen con sangre de toros y de cabras, era necesario un Cordero divino que tomase sobre sí todos nuestros pecados y con ellos fuese sacrificado en holocausto porque nosotros quedásemos libres de culpas, y esto lo hizo en la cruz. El *Jesús* había de ser pastor que da la vida por sus ovejas, y padre que nos diese nuevo ser sobrenatural, y abogado que obtuviese la anulación de la escritura de nuestra condenación borrándola con su sangre, y príncipe de nues-

tra paz con Dios; y todo esto donde plenamente lo fué es en la cruz.

Está también en la cruz todo para nosotros; porque para la gran obra de nuestra redención fué necesario que pusiese á nuestro favor todo su ser. La humanidad, porque si no podía ser víctima, y la divinidad, porque si no podía ser víctima suficiente, ni sacerdote digno para aplacar á Dios. Y en la humanidad tuvo que afligir todo su cuerpo con innumerables y variadísimos tormentos, y dar toda su sangre hasta las últimas gotas que le sacó la lanza de Longinos, y sufrir en toda su alma aquella amargura indefinible que le obligó por fin á quejarse amorosamente á su Padre diciéndole: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has desamparado y me tratas como á un gusanillo y á un despreciable de la plebe?» Y en la divinidad tuvo, por decirlo así, que anonadarse y padecer no como si fuera Dios, sino como el más simple mortal de los más desgraciados.

En la cruz formó la Iglesia y con ella nos legó todos nuestros bienes sobrenaturales. En la cruz abrió la fuente de los siete sacramentos. Allí obtuvo de su Eterno Padre para nosotros el que la Iglesia fuese perpetua, á pesar de que nosotros habíamos de merecer tantas veces que nos la quitase Nuestro Señor; y que

fuese católica y tan extendida y visible por todas partes; y que se mantuviese siempre unida y siempre sin error, siempre santa y llena de medios para nuestra salvación y santificación, como pontífices y prelados, sacerdotes, religiosos de muchísimas reglas, doctores, predicadores, confesores...: en una palabra, todo ese inefable conjunto de beneficios que encierra la Iglesia, que son innumerables, todo tiene su manantial y origen en Jesús crucificado.

Si á esto añadimos que no hay virtud de que Jesús crucificado no nos dé ejemplo, que no hay bienaventuranza ninguna de que no nos dé enseñanza práctica, que por consiguiente Cristo en la cruz es ejemplar y modelo de todos nosotros, bien se ve que podemos asegurar que todo lo amable de Jesús, todo lo de Jesús que pueda excitar la caridad, está en la cruz.

Pero, por otro lado, en la cruz no hay nada de Jesús que no sea amable.

Porque Cristo en la cruz no es el juez, sino el abogado de los pecadores: no es el vengador justiciero, sino el perdonador misericordioso que está orando por todos los criminales y pecadores que han de existir: *Et pro transgressoribus rogavit* (Is. 53, 12).

En la cruz no hizo sino sufrir, callar, orar por nosotros y perdonar una y mil y millones de veces, millones de pecados á millones de pecadores. Porque como conocía todo lo que había de suceder en todo tiempo, en aquellas tres horas y mientras los estúpidos fariseos con cruel escarnio le invitaban á bajar de la cruz, él estaba presente á toda la historia de los pecados futuros: y en aquellas tres horas de sublime y apenas interrumpido silencio, fué despachando todos los perdones de todos nuestros pecados, rubricando (si es lícito hablar así) con su sangre, que es la única rúbrica que reconoce el Padre, cédulas de perdón, por si, como él les incitaba, venían á pedírselas, para todos los hombres, no sólo para el buen Ladrón, ni sólo para los pecadores entonces existentes, sino para todos los pecadores futuros, así para los que habían de aprovecharse de ellas, como para los demás, si querían pedirle perdón: aun para Nerón y Diocleciano, aun para Arrio y Lutero, aun para Calvino y Enrique VIII, para Voltaire y Robespierre y los mayores criminales.

Y el perdón de algunos ¡cuántas veces tuvo que volverlo á rubricar, pues tantas veces en las mismas faltas caemos! Mas en la cruz no se enojó ni una vez contra nosotros, y perseveró en esta faena tan horrible y costosa de perdo-

nar todas las atrocidades sin cuento del género humano, hasta que la acabó toda y pudo decir *Consummatum est*. Todo cuanto tenía que hacer por los hombres está hecho. «¿Qué más debí hacer por mi viña y no lo hice?» (Is. 5, 4).

Por eso en la cruz Jesucristo está excitando á amor y á amor sin medida, ni término ni modo, pues tan sin modo, sin término y sin medida nos amó Jesús crucificado. Me amó hasta dejar por mí el gozo á que tenía derecho; «en vez del gozo que se le ponía delante sufrió la cruz, sin arredrarse por la deshonra» (Hebr. 12, 4). Me amó antes que yo le amase: «porque nos amó él primero» (I Joann. 4, 19). Me amó siendo yo pecador: «mucho recomienda su caridad el que murió por nosotros cuando aún éramos pecadores» (Rom. 5, 8). Me amó tantas veces cuantas he pecado, me amó con todo su ser y toda su persona. Pues ¿cómo es posible no exclamar arrebatado con San Agustín: «Señor ¡me has amado á mí más que á ti, pues quisiste morir por mí!» Y cómo es posible no exclamar con San Pablo: «El que no ame á Nuestro Señor Jesucristo ¡sea condenado!» *Si quis non amat Dominum Nostrum Jesum Christum sit anathema!* (I Cor. 16, 22).

¿Hay alguno que se haya dejado crucificar por mí? «Apenas hay nadie, dice San Pablo,

que muera por un justo» (Rom. 5, 7). Pues en cambio, añade él: «Cristo ha muerto por los impíos». Y amando nosotros á quien no ha muerto por nosotros, y tal vez á quien nos está matando á nosotros, á Jesucristo que murió por nosotros ¿no le hemos de amar?

IV

Escribo estas páginas, según costumbre, teniendo junto al papel y delante de todos mis libros un crucifijo, el de mi profesión religiosa. Soy cristiano. Cristo crucificado es, según hemos visto, la luz de mi fe, el aliento de mi esperanza y el foco de mi caridad; decidme ¿qué puedo hacer sino tener un crucifijo donde lo vea sin cesar, donde lo pueda coger continuamente, donde pueda á cada rato besar sus cansados pies, sus bienhechoras manos, su amantísimo costado?

Como el que quiere ver, quiere luz en todos los sitios, como el que está débil lleva el báculo á todas partes, como el que quiere vivir y amar lleva siempre su corazón en el pecho, así á ser posible, quisiera yo, como cristiano, tener sin cesar en todas partes el crucifijo.

En mi habitación quiero tenerlo á mano de

modo que cuando escriba esté sobre mis papeles; cuando lea, junto á mi libro; cuando ore, en mi reclinatorio; cuando duerma, bajo mi almohada; cuando estudie, ante mis ojos; cuando rece, entre mis manos; cuando padezca, sobre mi pecho, y cuando lo ame, en mis labios. ¿Quién mejor para confidente de mis secretos que ese á quien tantos han confiado los suyos? ¿Quién mejor para escuchar mis oraciones que ese á quien toda la Iglesia pone en todos los altares para escucharlas? ¿Quién mejor para perdonarme que ese que tan acostumbrado está á perdonar? ¿Quién mejor para recibir mis besos que esas llagas que han besado todos los santos y todos los pecadores arrepentidos? ¿Quién mejor para asistirme en mi muerte que ese que á tantos ha asistido á bien morir?

Si estuviera en mi mano lo pondría en el puesto principal de todos los salones: en todos los tribunales, ayuntamientos, diputaciones, escuelas, academias y salas particulares; en nichos bien contruídos en todas las calles, en humilladeros de trecho en trecho en los caminos, en el macizo más acomodado del jardín, y en cruces monumentales en las cimas más visibles de los montes.

Hagamos todo lo posible porque al crucifijo se le tribute honor en todas partes. Y el que no

pueda más grábelo en lo profundo de su corazón y diga muchas veces aquella hermosísima oración de San Agustín:

«Escribid, Señor, vuestras heridas en mi corazón de manera que en ellas lea vuestro amor y vuestro dolor; á fin de que viendo vuestro amor, desprecie por vos cualquier amor; y viendo vuestro dolor, sufra por vos cualquier dolor».

Bien escritas las debía tener San Francisco Javier cuando decía:

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

